

PALACIOS EN VALENCIA. LA MEMORIA OCULTA DE LA PIEDRA



UN PALACIO CIUDADANO ES UN MONUMENTO ATRACTIVO, PORQUE NO TIENE NI LA PESADEZ DOCTRINARIA DE LA IGLESIA NI LA EXIGENCIA COERCITIVA DEL CASTILLO. EN VALENCIA SE CONSERVAN UNA VEINTENA DE PALACIOS SEÑORIALES QUE PERMITEN DESCUBRIR AL VISITANTE UNA CIUDAD ARMONIOSA Y LLENA DE BELLEZA.

ENRIC SÒRIA ESCRITOR Y PERIODISTA

iA *i València, capital de l'oblit!* ("¡Ay Valencia, capital del olvido!") reza un pasaje del *Anarquista nu* ("Anarquista desnudo"), el fresco y desgarrado romance de Lluís Fernández, réplica casera, pero absolutamente justificada, a la capitalidad de la memoria que detenta la Alejandría de Durrell.

Haber tenido mucho y haberlo perdido es el destino de muchos hombres y también el de algunos pueblos. El después de haberlo olvidado todo es el peculiar infierno de Valencia, un infierno que se ignora. El olvido es el reino de Valencia, la gris materia de sus sueños. De ahí la curiosa belleza, convulsa y barroca, de los gestos rituales en los que se reconoce —exaltación de un mero presente continuo—, la agitación de sus esperanzas y la variedad de sus discusiones.

Antiguo emporio del Mediterráneo, es posible que Valencia sea una de las ciudades de Europa más crueles con su patrimonio —o tal vez lo sea Nápoles, otra gran ciudad perdida y olvidada, pero Nápoles decae todavía con estilo, su ruina es signo de grandeza, mientras que Valencia ha rebasado, y olvidado, hace ya tiempo ese estadio.

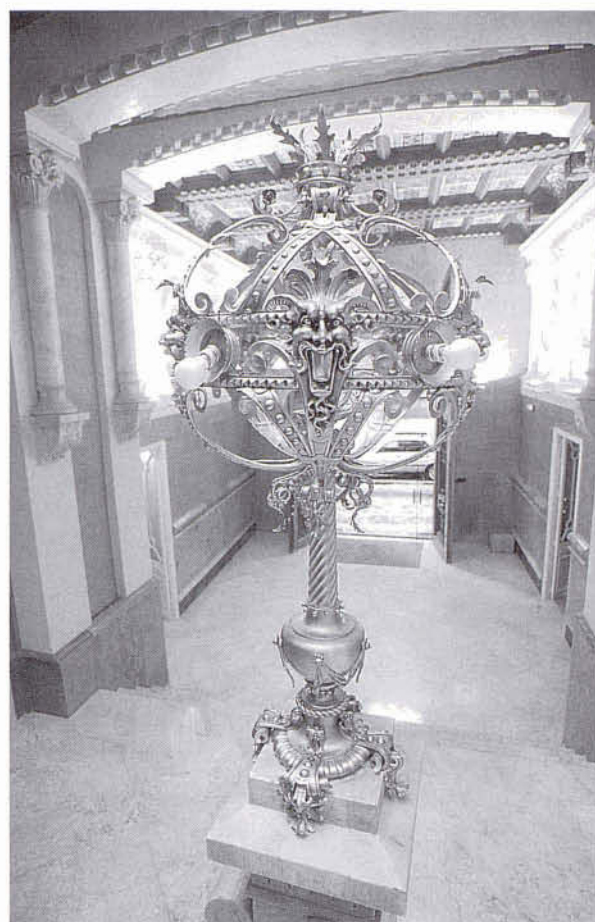
Sin embargo, no todo ha desaparecido. Quedan restos, calles, perspectivas en las que se percibe una armonía recoleta y amable, como la obscura calle de la Mare Vella, o la subida, desgraciadamente despanzurrada ahora, del Toledà, cerca de la Seo, donde estuvo, hasta no hace mucho, la casa del arquitecto del Miquelet, Pere Balaguer; la plaza del Correo Vell o la de Viciàna, diminuta maravilla intacta. Los valencianos, afortunadamente, suelen ignorar estos retazos de antigua belleza, y por

ello perduran. La hora de contemplarlos es aquella que el gran fotógrafo Luis Cuadrado definió como la hora bruja, un poco antes del anochecer y la iluminación pública, al caer la tarde.

Un buen modo de perseguir los fantasmas de este viejo encanto es siguiendo la ruta zigzagueante de los palacios valencianos, ejemplo, pero también indicio, de otra geografía más sabia. Los palacios valencianos han corrido, corren, también difíciles vicisitudes. Joan Fuster lo advirtió, entre dolido y resignado, en su *Viatge al País Valencià*: "Aquí resisten todavía algunas mansiones de alto rango, con sus escudos esculpados y sus tranquilos patios..., cierto es que van terminándose: sus propietarios de ilustre cuna los derriban o los venden para ser derribados —entre 1940 y 1950 desaparecieron unas dieciséis casas solariegas de cierto interés,



PALACIO DE VILLAHERMOSA



© RAFA GIL

y la racha continúa-, y, además los supervivientes no siempre han conseguido escapar a indecorosas reformas". Fuster nunca ha sido un escritor con veleidades digamos d'anunzianas, precisamente, pero los patios de los palacios valencianos, "bastante dignos de ser vistos", con su estética equilibrada, tan medieval como nuestros escritores clásicos, que allí vivían, tan parecida a la de los palacios mallorquines y catalanes, debe de gustarle bastante. De hecho, un palacio ciudadano es un monumento atractivo. No tiene la pesadez doctrinaria de la iglesia ni la exigencia coercitiva del castillo. De todos los modos de manifestar el poder, éste, al menos, tiene gracia. El suyo es un orgullo civil, y lo define la divisa de los caballeros Reig, *Lo rei no em fa, sóc ciutadà* ("No me hace el rey, soy ciudadano"), tanto como esotra, de los Fe-

rrer de Próxita, que habría hecho las delicias de Llorenç Villalonga: *Més que el que més* ("Más que el que más"). En Valencia, deben de quedar todavía una veintena que valgan la pena, tal vez más con la manga ancha. Es preciso buscarlos por el barrio antiguo de la ciudad, una zona enmarcada por las calles de Colom y de Guillem de Castro y por el río. Ahora bien, antes de cualquier pesquisa debe tenerse claro lo que se busca. Los palacios valencianos, de puertas para afuera, no suelen ser vistosos. No quieren ni pueden serlo. En primer lugar, los palacios impudicamente notorios hace tiempo ya que fueron carne de piqueta; además, da la impresión de que, hasta el estallido del barroco, en el Mediterráneo, el sentido de la belleza se guiaba por unos patrones más bien recoletos: el orden, el tenue encanto de un pazo fresco, de una es-

cala solemne pero sobria, son espectáculos fascinantes sólo para observadores sutiles. Pero es precisamente este tipo de espectadores los que gozarán de lleno el agridulce sabor de la ciudad: la quietud discretamente graciosa de estos patios, donde se airea buena parte de lo que Valencia tiene de airoso, bello y digno de atención. Pasear por el barrio antiguo y ver un patio gótico verde y menudo, a la luz del clásico fanal junto a la portería, es una de las pocas experiencias gentiles y sedantes que puede ofrecer la ciudad.

Por regla general, en un palacio valenciano, una corteza barroca o dieciochesca envuelve un corazón gótico, como afirma Joan Reglà que pasa con la misma ciudad. Una fachada austera da paso a través de altos arcos orilladores, a un patio umbrío, con pozo y



brocal de piedra. A la derecha está la portería y una menuda escalera de acceso al entresuelo. Desde el patio, si el portero nos deja pasar, no siempre es fácil seguir su estructura: *trapes, entrades / per les teulades, / passos, atalls, / amagatalls, / caus e retrets* ("trampillas, entradas / por los tejados, / pasos, atajos, / escondrijos, / madrigueras y retretes"), en caricaturesca descripción de Jaume Roig. Al fondo del patio siempre hay una escalera señorial, imponente a veces, que lleva a la planta noble, donde podemos hallar, si todavía quedan, los grandes salones, los artesonados y los largos corredores ornamentales. Los lacayos vivían en el piso de arriba en los porxos, estancias iluminadas por una galería de ventanas que daban a la calle, muy típicas.

El primero de los palacios valencianos, el real, ha recorrido un destino emblemático; destruido sin necesidad durante la guerra del francés, sus cimientos aparecieron en medio de unas obras de alcantarillado, en 1986, y yacen ahora sepultados por el asfalto de una transitadísima arteria ciudadana.

Entre los palacios públicos destaca el de la Generalitat, en la calle de Cavallers, donde intervino el mejor de los arquitectos medievales, Pere Compte. Contiene los artesonados más espectaculares de la ciudad, pinturas murales áulicas y algunos cuadros, entre ellos un intenso y espléndido Ribalta. Muy cerca está el palacio de la Batlia, muy restaurado a comienzos de siglo, de solemne elegancia.

Algunos de los grandes palacios de la aristocracia valenciana han pasado a ser propiedad de las instituciones públicas que, a veces, los han restaurado con acierto, como el palacio modernista

y elegantemente aburguesado de Castellfort, hoy, oficialmente, de Fuentehermosa, título de sonoridad sin duda más apropiada; o el de los marqueses de Scala, los Boil, de una notable prestancia monumental. Los antiguos propietarios llevaron un dietario, en catalán, donde se describen los bienes de una casa noble: libros, cuadros, armas, ornamentos, y que ahora es un inventario para la nostalgia. Menos suerte ha tenido el palacio Borja (o Benicarló), que fue casa de la familia más rica y mejor emparentada —reyes, emperadores, papas incluso— de la Velancia foral, es ahora sede de las Cortes valencianas, que han optado, como en tantas otras cosas, por una decoración meramente funcionaria, lisa, uniforme, anodina, al gusto de la clientela.

El mejor representante de palacio rococó, el de Dos Aguas, es ahora museo nacional de cerámica. Es un ejemplar admirable, de obligada visita, con famosa portada esculpida y exquisitos rincones interiores, que propician la demora.

Algunos propietarios privados han mantenido, también, en condiciones obras enormes, meritorio esfuerzo que debería agradecerse. En la calle de Cavallers puede encontrarse una buena colección, entre ellos el de los marqueses de Malferit, el de los Mercader, donde se celebró el Parlamento en la casa de Berenguer Mercader, que inmortalizó Joan Roís de Corella, flor de un Renacimiento ovidiano y elitista que no fructificó; o el inmenso palacio de los Centelles, condes de Oliva y jefes del equipo *tory* medieval de la ciudad. Éste, que fue en sus tiempos el más grande y fastuoso de los palacios valencianos, cuenta con un patio pequeño

y coqueto, tal vez en exceso restaurado, y los actuales propietarios lo mantienen en buen estado.

No muy lejos, en la plaza de Nules, ante la Maestrança, está el palacio de los Català dels Valeriola, con elegante fachada y patio profundo, con esculturas y relieves, todo muy bien conservado. Es ahora sede de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Más separado, en la calle del Palau, cerca de la bellísima calle del Trinquet de Cavallers, está el mejor representante todo-gótico de la ciudad, el palacio de los Cardona, almirantes de Aragón, con magnífico patio ojival. Restaurado hace muy poco tiempo, es ahora sede de la Consejería de Hacienda. Casi a su lado, en la plaza de Sant Lluís Beltran —un rincón de la Valencia renacentista que ha sobrevivido milagrosamente— está el palacio de los Escribà, muy bien restaurado por el actual propietario. En cambio, el de los Boils d'Arenós, junto a la plaza de la Creu Nova, con uno de los patios más hermosos de la ciudad, está cerrado y amenaza ruina.

Pero hay más todavía, muchos más; algunos son sólo, para el caminante sin más recursos, una puerta cerrada. Otros permiten felices investigaciones. Pero la gracia no está en inventariar las existencias, evaluar su estricto valor artístico, a menudo considerable, o comprobar su lenta caducidad. La búsqueda de los palacios valencianos puede proporcionar otras y mejores alegrías: recorrer calles encantadoras, reconocer los otros espacios y los otros tiempos que se esconden en la trama urbana, aprender a mirar la ciudad y a sentirla, deshacer los maleficios: recordar, gozar, vivir. ●